

Memorias de un regalo

Autor: Caraiman.

Aquellas terminaciones humanas que les permitían sujetarme eran tan suaves como mis hojas o quizás más. Un hombre me sujetaba con decisión pero sin llegar a lastimarme, me entregó a una mujer por un breve instante, ella también me sujetó pero abrió mi cubierta y me hizo cosquillas con un objeto al que los humanos llaman bolígrafo y su intención era firmarme, me sentía extraño como si quisiera defenderme y al mismo tiempo me estuviese divirtiendo pero yo no podía reír, oír ni ver.

Sentir era algo nuevo aunque mi conciencia era vaga desde el principio ahora se materializaba cada vez más. Aquella mujer había escrito el contenido de mis hojas pero no de forma manual, estoy seguro de que podría recordar eso. Fui impreso de manera industrial y empastado en una cubierta dura, lo que me alegraba porque así estaría protegido de diversos peligros pero no podía recordar sentir nada de eso. Volví a manos del hombre, quien me abrió y tocó alrededor de la firma que seguía húmeda.

El hombre parecía tener poco interés en mí, jamás me leyó, ni siquiera pasó mis hojas. Tras unos días en completa soledad y aburrimiento me sujetó de nuevo tan solo para arrojar me sin ningún cuidado en su maletín. Me asustaba el interior porque era desordenado, los bolígrafos estaban abiertos y la comida sin terminar quedaba junto a mí. Creía que desaparecería antes de llegar a mi destino pero llegué a salvo aunque con dos hojas dobladas porque unas llaves empujaron mis hojas. El daño no era grave, sentí un pinchazo cuando ocurrió pero desde entonces no sentí nada.

Fui libre del maletín una semana después, cuando el hombre visitó y me entregó a una mujer con manos ligeramente más ásperas pero con una pedicura bien cuidada que podía hacer sonar mi cubierta. Odiaba la sensación era una sucesión de pequeños golpes que si bien no me lastimaban, el toqueteo me hacía sentir agobiado como si estuviera a punto de explotar en una cólera que no tenía manera de expresar.

El hombre me abandonó e intuí que la mujer tampoco tenía interés en leerme porque abrió la cubierta, tocó cerca de la firma, supuse para comprobar que fuese auténtica o que realmente estuviese firmado, miró unas páginas y pasó mi contenido de un lado al otro con desinterés. No me gustaba ella pero al menos me tenía en un lugar seguro, en una gaveta de su mesa de

noche. Poco tiempo transcurrió hasta que me envolvió con cuidado en papel de regalo, me sentía atrapado pero no podía quejarme, colocó un lazo y me guardó de nuevo en su gaveta. El lazo me indicaba que quería regalarme de nuevo.

No me equivoqué. Dos días después salí de la gaveta. La mujer me golpeó de nuevo con esa manera característica donde hacía sonar la cubierta y que a mí me daba grima. Me llevó hasta otra habitación con algo de nervios o emoción, aun no lograba distinguir entre ambos sentimientos, ya que las manos podían temblar de manera parecida.

Me habían regalado de nuevo y una vez más iba a parar a un hombre con manos suaves, él abrió mis páginas y se detuvo a mirar la firma, donde hace un tiempo me habían hecho cosquillas, y una de las primeras páginas. Deslizó su dedo de un lado a otro con curiosidad, leía de mí, la tabla de contenidos, allí letras que no entendía explicaban con breves palabras en qué número de página se encontraba cada capítulo de mi interior.

Pude concluir que el hombre tenía interés en leerme, más que en la firma que parecía interesar tanto a todos los demás. Sin embargo, quedé en segundo plano porque la mujer hizo una tarjeta de felicitaciones, cuando la entregó, el hombre puso toda su atención en ella. Tras terminar de leer sus breves palabras la depositó entre mis páginas y allí permanecí hasta la mañana siguiente.

El hombre me sujetó con entusiasmo y se despidió de la mujer con un beso bastante íntimo sin dejar de sujetarme. Luego se subió a un auto que no conducía e hizo el mismo ejercicio de la noche anterior, miró la firma y el índice. Para mi sorpresa leyó la primera frase, luego la segunda, la tercera e incluso terminó el primer párrafo. Así continuó durante todo el trayecto, logró terminar el primer capítulo pero decidió cerrarme antes de comenzar el segundo. Después entendería que en pocos minutos no tenía tiempo suficiente para leer más que un par de páginas.

Al bajar del auto alguien me sujetó por un instante, un asistente quería llevarme hasta su biblioteca, pero él rechazó la oferta y me sujetó con ambos brazos, como quien protege una apreciada posesión, ese pequeño gesto me dio esperanzas de tener un hogar donde sería cuidado y leído, al menos por un tiempo.

El hombre me llevó consigo a su trabajo, donde me ignoró por completo, y luego a su residencia, donde retomó su lectura. Parecía emocionado de leerme, como si mis palabras afectaran su estado de ánimo. Por primera vez alguien me prestaba atención para algo más

que ser un objeto para cambiar de manos, aquello me dio satisfacción pues sentí que ese era mi propósito.

Los días pasaron y el hombre nunca faltaba a sus sesiones de lectura, con el tiempo lo envidié profundamente, él podía leerme, sabía el significado de mis palabras, era feliz y estaba intrigado por ellas, mientras que yo sólo sabía que estaban hechas de tinta, que tenían un significado para los humanos y que cada 5 o 7 páginas terminaba un capítulo.

Casi siempre leía en solitario, en un sillón ubicado en su biblioteca o en su habitación. Evitaba tocarme las páginas más allá de lo necesario para sujetarme, sé que algunos lectores escriben en sus libros y supongo que debe sentirse de manera parecida a cuando fui firmado. Sin embargo, no me gustaron las cosquillas y prefiero que mi lector mantenga su distancia.

Soy feliz con tener un lugar en su biblioteca, ser leído, cuidado y que pocas veces toque mi tinta. En ocasiones, el hombre me entregaba a otro humano para que le leyera un párrafo o dos, las manos eran más pequeñas y suaves en comparación con cualquier otra persona que me hubiese tocado antes. Cuando el humano de las manos pequeñas terminaba de leer, el hombre me cerraba y me movía con fuerza para expresar su asentimiento. El niño parecía poco interesado pero nervioso cada vez que me leía. Deseé por un instante escuchar cómo se comunican los humanos entre ellos o entender por qué el hombre parecía feliz cuando el pequeño leía.

En un par de semanas la concentración del hombre y sus esfuerzos dieron frutos, ya que terminó de leer mi última hoja. Me encantaría decir que fue un buen lector pero no tengo un punto de comparación, al menos no me hizo sentir incómodo. Las malas noticias no se hicieron de esperar, un libro leído se convierte en una especie de trofeo de aquel que lo posee, así que mi nuevo destino fue un espacio en la estantería y no ser abierto de nuevo por una gran cantidad de años.

Durante lo que a mí me pareció una eternidad y un descuido, ya que no estaba junto a otros libros sino junto a una colección de sellos postales que tuvo mejor suerte que yo, porque el hombre la abría a menudo e incluso me atrevería a especular que añadía nuevas estampillas. Permanecí en abandono, excepto por un par de toques accidentales cuando el humano trataba de sacar su colección.

Antes me había encantado calcular el tiempo, pero dejé de contar cuánto tiempo pasó sin que me sujetaran, primero fueron días, luego meses y luego años. Llegaron nuevos libros y la estantería se sintió asfixiante repleta de ellos, es ese el triste destino de un libro leído.

Las siguientes manos que sentí fueron las de una mujer. Creí recordarlas, la misma que me había envuelto en papel de regalo tanto tiempo atrás, sus dedos ahora se sentían arrugados pero aún tenía las uñas bien cuidadas, esta vez no golpeó mi cubierta sino que me sujetó junto con la colección de estampillas, que había crecido hasta duplicar su tamaño en estos años. Nos abrazó a ambos y sentí un par de gotas caer sobre mis páginas. Su agarre, antes firme, ahora temblaba. La mujer había envejecido, no volví a sentir el tacto del hombre ni del niño, y yo solo tenía unas manchas aterciopeladas en mis páginas.